

La amistad monástica en el pensamiento de Doroteo de Gaza

*A amizade monástica no pensamento de
Doroteo de Gaza*

FERNANDO RIVAS, OSB*

Resumen: Este artículo explora la visión de Doroteo de Gaza sobre la amistad monástica, basándose en sus conferencias y enseñanzas. Doroteo presenta la amistad no solo como una relación humana, sino como un reflejo del amor de amistad de Dios hacia el hombre, revelado plenamente en Cristo. La amistad divina se manifiesta en la encarnación y en la Última Cena, donde Jesús llama amigos a sus discípulos. Doroteo subraya que la vida monástica es un medio para restaurar esta amistad con Dios, superando la “filautía” (amor desordenado por uno mismo). A través de la humildad, la obediencia y la oración mutua, los monjes pueden vivir una verdadera comunión de amistad, siguiendo el ejemplo de Cristo.

Palabras clave: La amistad. Doroteo de Gaza. Monacato. Filantropía. Eucaristía.

Resumo: Este artigo explora a visão de Doroteu de Gaza sobre a amizade monástica, baseando-se em suas palestras e ensinamentos. Doroteu apresenta a amizade não apenas como uma relação humana, mas como um reflexo do amor de amizade de Deus pelo homem, plenamente revelado em Cristo. A amizade divina manifesta-se na encarnação e na Última Ceia, onde Jesus chama amigos aos seus discípulos. Doroteo sublinha que a vida monástica é um meio para restaurar esta amizade com Deus, superando a “filautia” (amor desordenado por si mesmo). Através da humildade, da obediência e da oração mútua, os monges podem viver uma verdadeira comunhão de amizade, seguindo o exemplo de Cristo.

* Dom Fernando Rivas, OSB é Reitor da Faculdade de Teologia do Pontifício Ateneo Santo Anselmo de Roma, Doutor em Teologia. Contato: decanoteologia@anselmianum.com

Palavras-chave: A amizade. Doroteo de Gaza. Monaquismo. Filantropia. Eucaristía.

1 Introducción

La realidad de la amistad, dentro del monacato primitivo, tiene sus raíces en las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento y se basa sobre un fundamento de carácter teológico, no antropológico o psicológico. O, por decirlo más precisamente, se basa en el Misterio Pascual de Cristo. Es por ello por lo que trataremos de señalar cuáles son esos puntos de apoyo teológicos de la amistad que, por otra parte, tienen un valor perenne para todas las generaciones cristianas. Por eso, aunque es indiscutible que los Padres monásticos han leído y usado los grandes textos heredados del mundo clásico, como el *Tratado sobre la Amistad* de Cicerón, sin embargo, la realidad de la amistad inmediatamente puso de manifiesto su especificidad cristiana. Y eso puede verse desde lo que escribió Casiano¹ hasta el tratado sobre la amistad de Elredo de Rievaulx². Nosotros nos detendremos en los escritos de Doroteo de Gaza que, recogiendo la gran tradición del desierto, extiende su influencia hasta el monaco contemporáneo, tanto latino como griego.

La primera forma en que se puso de manifiesto el rol fundamental de la amistad en la vida cristiana fue a través de la Plegaria Eucarística llamada anáfora. La anáfora eucarística tuvo el objetivo de hacer presente toda la historia de la salvación, desde el Paraíso hasta la Última Cena y el hilo de oro que hace el bordado de toda esa historia es la amistad que Dios quiere entablar con aquél a quien ha creado a su “imagen y semejanza”. Es de allí que los monjes tomaron su punto de partida para hablar de la amistad.

2 La fuente primera: el amor de amistad de Dios con el hombre (*filantropía*)

No es casual que el inicio de todas las conferencias de Doroteo de Gaza, magistralmente estructuradas y ordenadas, tenga la forma de la anáfora eucarística de su tiempo para poder así presentar el amor de amistad de Dios para con el hombre. De ella Doroteo toma la “historia de la salvación”, parte esencial de las anáforas eucarísticas. La dinámica de estas anáforas era comenzar

¹ Conferencia 16. Citamos las obras de Doroteo según el siguiente texto: *Obras de Doroteo de Gaza, Conferencias, cartas, apotegmas*, Buenos Aires 2019.

² *La amistad espiritual*, Azul 1999.

con la figura de Adán en el Paraíso, su caída, las mediaciones humanas de la Ley, los patriarcas, los profetas, hasta llegar a la presencia misma de Cristo, el Hijo de Dios hecho carne y que alcanza su momento culminante en la Última Cena. Es allí cuando la anáfora eucarística presenta la institución de la Cena. Y fue entonces cuando Cristo llamó “amigos” a sus apóstoles (Jn 15). Para la tradición monástica, lo que sucede en primer lugar es la revelación de un tipo de amor que Cristo siente por los suyos y lo llama amistad. En segundo lugar, es un llamado a entrar en ese amor y relación de amistad de la cual Cristo revela en esa Cena sus características, muy distintas a las que presentaba en modelo pagado de amistad.

Es por eso que Doroteo, imitando la anáfora eucarística de su tiempo, empiece sus enseñanzas de este modo³:

1. En el principio Dios (Zeós) creó al hombre y lo puso en el Paraíso, como dice la Sagrada Escritura (Gn 2, 15). Después de haberlo dotado de todo tipo de virtud le dio el precepto de no comer del árbol que se encontraba en el medio del Paraíso (Gn 2, 16-17)... Y el hombre vivía en las delicias del paraíso, en la oración y en la contemplación, colmado de gloria y honor (Sal 8,6), y poseía la integridad de sus facultades en el estado natural en que había sido creado. Dios hizo al hombre a su imagen (Gn 1,27) es decir inmortal, libre y dotado de toda virtud. Pero al transgredir el precepto y comer del árbol del cual Dios le había prohibido, fue expulsado del Paraíso...

2. Pero finalmente, el Dios de bondad (agazós Zeós) tuvo piedad de su creatura y le dio la ley escrita, a través de Moisés En ella prohibía ciertas cosas y ordenaba otras: Haz esto, no hagas aquello. Les dio los mandamientos y agregó: El Señor Dios es el único Señor (Dt 6, 4), con el objeto de alejar del politeísmo sus almas... Y finalmente: No tendrás otros dioses, ni ninguna imagen de lo que está arriba, en el cielo, ni de lo que está abajo, en la tierra (Dt 5, 7-8), pues adoraban a todas las creaturas.

3. El Dios de bondad (agazós Zeós) dio la ley para socorrer, para convertir y para corregir el mal. Pero el mal no fue corregido. Envío a los profetas, pero ni ellos pudieron hacer algo, pues el mal sobrepasaba todo límite... Hemos cuidado a Babilonia, pero ella no se curó (Jr 51, 9), como si dijese: hemos manifestado tu nombre, proclamamos tus mandamientos, tus

³ Se debe tener en cuenta que Doroteo copia de la *Carta segunda* de Antonio, que también está estructurada sobre la anáfora eucarística.

beneficios, tus promesas.. pero “no han aceptado la enseñanza” (Jr 2, 30), es decir, la advertencia, la instrucción. Su alma aborrecía todos los manjares, y ya tocaba las puertas de la muerte (Sal 106, 18).

4. Fue entonces cuando, en su bondad y su amistad con los hombres (filántropos Zeós), Dios envió a su Hijo único (cfr. Jn 3,16), pues sólo Dios podía curar y vencer tal mal. Los profetas no lo ignoraban. David lo decía claramente: Tú que te sientas sobre Querubines, muéstrate. Despierta tu poder y ven a salvarnos (Sal 79,2-3). Señor, inclina los cielos y desciende (Sal 143,5), y tantas otras palabras semejantes. Todos los profetas, cada uno a su manera, también levantaron su voz, ya sea para suplicarle que viniera, ya sea para decir que estaban seguros de su venida. (Conf 1,1-4)

Doroteo va señalando las distintas etapas de la salvación, desde la creación del hombre en el Paraíso, como fruto de la bondad de Dios y a cada paso resalta la bondad de Dios (*agazós*) con el hombre, que se repite como un canon (el Dios de bondad). Sin embargo, luego del fracaso de las distintas mediaciones humanas enviadas, cuando debe enviar a su Hijo, entonces manifiesta que más que una simple bondad, lo que verdaderamente hay en Dios es un “amor de amistad” (filantropía) para con el hombre. E, indudablemente, se debe a que el hombre fue creado a “su imagen y semejanza” en un estado originario de amistad, para poder tener con su Dios una relación especial, que no tiene ninguna otra creatura, tal como la vivía en el Paraíso.

Es importante notar que esta amistad de Dios con el hombre se manifiesta cuando el Hijo comparte todo con él, es decir, su misma condición humana. Hasta ese momento, Dios sólo muestra su bondad, el decir, algo que le es propio como Dios. Sin embargo, cuando asume la condición humana su relación pasa a ser de amistad. La amistad, a diferencia del amor de bondad, significa un involucrarse con el otro de un modo tal que, como dice la Carta a los Hebreos: *se hizo en todo semejante, menos en el pecado* (Heb 4,15). Y lo primero y más elemental, como también dice la Carta a los Hebreos, es participar de la misma sangre y la misma carne que el amigo. Cristo, como la encarnación del amor de amistad de Dios con el hombre, compartió todo con sus discípulos e incluso, fue más allá. Ya veremos todas las implicancias de ello.

3 La amistad divina en la anáfora eucarística

Como dijimos, tanto la figura retórica como el contenido del texto de Doroteo citado corresponden a la anáfora eucarística, tal como se la conocía en el siglo VI. Lo mismo había hecho antes Antonio, quien en la octava de Pascua

enviaba una carta de enseñanza a los monjes que vivían en su entorno, de carácter fuertemente Pascual y, por ello, eucarístico. Por eso, desde sus inicios, las cartas de Antonio, a partir de la segunda, empieza con extensa y detallada historia de la salvación, siguiendo la que se encontraba en la anáfora eucarística. En la anáfora de Santiago, por ejemplo, que se celebraba en Jerusalén, no lejos del monasterio de Doroteo, encontramos esta descripción del amor de Dios:

- ¡El amor de Dios y Padre, y la gracia de nuestro Señor y Dios y Salvador Jesucristo, y la comunión y el don del santísimo Espíritu sean con todos vosotros!

- Elevemos nuestras mentes y nuestros corazones.

- Demos gracias al Señor.

¡Qué digno y justo, qué conveniente y necesario es, en verdad, alabarte, celebrarte con himnos, bendecirte, adorarte, glorificarte, darte gracias, autor de toda la creación visible e invisible,

tesoro de bienes eternos, fuente de vida e inmortalidad, Dios y Señor de todas las cosas.

A ti te celebran con himnos los cielos y los cielos de los cielos y todas sus potencias...

el himno triunfal de tu magnífica gloria,

con voz clara, cantando, vociferando, glorificando, gritando y diciendo:

Santo, santo, santo es el Señor de los Ejércitos;

Lleno está el cielo y la tierra de tu gloria.

Hosanna en las alturas.

te ofrecemos, Soberano, este terrible e incruento sacrificio,

rogándote que no obres con nosotros según nuestros pecados, ni nos pagues según nuestras iniquidades

sino según tu equidad e inefable filantropía (amistad con el hombre), pasando por alto y anulando el acto de condenación...

Y, por su parte, la Anáfora alejandrina de Gregorio de Nacianzo, a quien Doroteo copia en sus últimas dos conferencias, dice:

“Santo, santo eres, Señor y santísimo. Extraordinario es el resplandor de tu ser, inefable el poder de tu sabiduría; ningún discurso puede abarcar el mar de tu filantropía (amistad con el hombre).

*Me has hecho, como amigo de los hombres que eres,
no como si necesitaras de mis servicios,
que, más bien, era yo quien necesitaba de vuestra señoría;
Yo, que no era nada, por tus entrañas de misericordia me creaste.
Tú me creaste.
Para mí estableciste los cielos como techo
para mí estableciste la tierra como suelo,
para mí hiciste el mar,
para mí hiciste toda la fauna.
Tú has sometido todas las cosas bajo mis pies,
ni una sola cosa has omitido en las obras de tu bondad para conmigo.*

Y la gran Anáfora de Crisóstomo dice:

*Oh Dios, Dios nuestro, que enviaste a nuestro Señor y Dios,
Jesucristo, Salvador, Redentor y Benefactor, que
nos bendice y santifica, como pan celestial, alimento para el
mundo entero; tú has bendecido esta ofrenda y la has recibido
en tu altar sobre los cielos. Acuérdate, bueno como
eres y amigo de los hombres (filántropos), de los que la han ofrecido y
de aquellos por quienes se ofrece...
Porque Tú eres Dios bueno y amigo de los hombres (filántropos), y te
te damos gloria, Padre Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los
siglos de los siglos.
Amén⁴.*

Cristo, en la Última Cena, junto con el gesto del lavado de los pies, hace una gran revelación que acompaña ese momento crucial de su relación con los apóstoles: *Ya no los llamo siervos, sino amigos* (Jn 15,15). Así como el lavado de pies expresa el misterio eucarístico según el evangelista Juan, del mismo modo la revelación de su amistad en los tres discursos que siguen esa cena explicitan lo que está contenido en la Última Cena, en la Eucaristía: con ella Cristo, Dios, inaugura un régimen de amistad o, según ciertos Padres, restaura

⁴ Hemos tomado los textos de SÁNCHEZ CARO J.M., *Eucaristía e Historia de la Salvación*, Madrid 1983.

la relación primigenia con el hombre. Y así lo entendieron los primeros monjes que basaron su vocación y su doctrina en la relación de amistad con Cristo que nace de la Eucaristía.

4 El enemigo de la amistad: la “filautía”

Sin embargo, para entender esta revelación de la centralidad de la amistad en la relación divina con el hombre es necesario comprender que la amistad con Dios es el estado natural en el cual fue creado. Dice Doroteo al inicio de sus conferencias:

¡Que aquel que quiera encontrar el verdadero reposo para su alma aprenda entonces la humildad! Podrá comprobar que en ella se encuentran la alegría, la gloria y el reposo, así como en el orgullo se encuentra todo lo contrario. En efecto ¿cómo hemos llegado a todas estas tribulaciones? ¿Por qué hemos caído en todas estas miserias? ¿No es acaso a causa de nuestro orgullo, de nuestra locura? ¿No es por haber seguido nuestros torcidos propósitos, y por habernos aferrado a la amargura de nuestra voluntad? Y ¿por qué todo eso? ¿Acaso el hombre no fue creado en la plenitud del bienestar, del gozo, de la paz y de la gloria? ¿No estaba en el paraíso? Se le dijo: No hagas eso, y lo hizo. ¿Ven el orgullo? ¿Ven la arrogancia? ¿Ven la insumisión?

Al ver Dios tal desobediencia dice: El hombre está loco, no sabe ser feliz; si no pasa por días malos se perderá completamente. Si no aprende lo que es la aflicción no sabrá lo que es el reposo. Entonces Dios le dio lo que merecía, echándolo del paraíso. Fue librado a la amistad consigo mismo (filautía) y a su voluntad propia a fin de que, al quebrarse los huesos, aprendiese a no seguir más sus propios criterios, sino el precepto de Dios. De esta manera, la miseria de la desobediencia le enseñaría el reposo de la obediencia, según la palabra del profeta: Tu rebeldía te instruirá (Jr 2,19). (Conf. 1,8)

Doroteo señala aquí un elemento central en la doctrina de la amistad y que pone de manifiesto el centro mismo del combate monástico: la “filautía”, es decir, la amistad consigo mismo. El pecado del primer hombre, o su peor consecuencia, es volcar la amistad con Dios que tenía en el Paraíso hacia una amistad consigo mismo (filautía) desordenada, lo que es algo enfermo y destructor.

Hausherr s.j. ha dedicado un largo estudio a la “filautía” en los Padres monásticos y dice⁵: *La amistad. Ningún tema atrajo tanto la atención de los*

⁵ *Philautie. De la tendresse pour soi à la charité selon st. Maxime le Confesseur*, Roma 1952, 8-9.

pensadores griegos y romanos, con excepción de la vida dichosa, porque la amistad representaba para ellos el elemento más exquisito de la vida feliz. El amigo, para Aristóteles, es “állos autos”, “otro yo”. Porque va hacia el otro, la amistad posee la nobleza del desinterés y, porque este otro es sin embargo un yo, permanece humildemente humana, lejos de las locuras del amor puro. Esta concepción de la amistad tuvo el gran mérito de ofrecer a Tomás de Aquino el género próximo para su definición de la caridad – no una definición en sentido estricto, porque la caridad, como Dios, no se puede definir – charitas est quaedam amicitia. “La caridad es una cierta forma de amistad”–. Agustín fue aún más lejos al aplicar estas nociones de alteridad e identidad, igualmente necesarias para el amor de amistad, a la Trinidad misma.

“Y, si en virtud de la caridad los corazones de muchos hermanos se han hecho uno y sus almas se han convertido en una, ¿os atreveréis a decir que Dios Padre y el Hijo son dos? Si fueran dos dioses, significaría que la caridad entre ellos es imperfecta... Cuán elevada es esa caridad, puedes comprenderlo por esto: muchas son las almas de muchos hombres, pero si se aman, forman una sola alma. Con todo esto sus almas siguen siendo muchas, porque su unidad es siempre imperfecta; mientras que en la Trinidad nunca se puede hablar de dos o tres dioses, sino siempre de un solo Dios. Aquí tienes el ejemplo de una caridad tan alta y tan perfecta, que no puede haber mayor”.

Sigue diciendo Hausherr: Es en las alturas divinas donde la amistad cobra vida y encuentra su modelo (la vida de amor del Padre con el Hijo), y aunque esté en el extremo opuesto, la “filautía” contiene un elemento de esta amistad. Pero el “otro” de la bella fórmula aristotélica, “héteros egó”, puede desaparecer, y con él la nobleza del sentimiento. O, mejor dicho, puede establecerse una duplicación de la personalidad; mientras que la amistad procede por crecimiento, por dilatación – dilatentur spatia caritatis – incorporando al amor que uno siente inevitablemente por sí mismo otro de sí mismo, la “filautía” en cambio procede por división, por partición, por sustracción: debido a la falta de amor fuera de sí mismo, el filautós se convierte a la vez en sujeto y objeto de su afecto. ¿Por casualidad ha conocido y observado a neurasténicos? No sé qué dicen los psiquiatras al respecto, pero ¿no cree que la neurastenia podría definirse, o al menos caracterizarse, de este modo: impotencia para interesarse por otra cosa fuera de uno mismo? La neurastenia es una enfermedad del amor propio. El microcosmos se repliega sobre sí mismo – dolorosamente, pero pronto oiremos el secreto de este dolor – y pretende bastarse a sí mismo y consagrarse como fin último del macrocosmos. También se podría decir que la filautía-neurastenia es la enfermedad de la deificación, una deificación enferma.

Sin embargo, no todos los pacientes de filautía son neurasténicos. Aún no, o aún no visiblemente, si no es por la mirada clarividente del neurólogo. Y así como hay neurasténicos que se exhiben, se afirman, dominan – hoy en día vemos a muchos de ellos en el candelero –, hay filoáticos hiperactivos, ocupados, comprometidos. A menudo son las mismas personas. Les caracteriza un rasgo común: el egocentrismo. Otro término bárbaro que pretende ser griego. Si no otra cosa, expresa bien lo que quiere decir: el deseo de que todo gravite en torno a uno mismo. A veces este deseo, más o menos voluntario, se queda sin efecto: se trata entonces de un malestar del apetito concupiscible. Pero también puede exacerbarse hasta el punto de hacer todo lo posible por enseñorearse del mundo entero, o al menos de algún pueblo suizo – ¡y hay muchos pueblos suizos fuera de Suiza! –. El egocentrismo, sin embargo, no coincide exactamente con la filautía. Hace excesiva abstracción del elemento afectivo, es tiránico – volveremos a hablar del tirano –, diría con demasiada gana “oderint dum metuant”, carece de inocencia, delicadeza y mesura. La filautía, en cambio, se apropia de todo esto; nos acabará gustando esta antigua y joven filautía, porque siempre conserva en su nombre algo del perfume del monte Imetto y la dulzura que significa ser amigo-de-sí-mismo.

Con una gran ironía – y realismo – I. Hausherr ha sabido presentar un matiz de lo que los Padres monásticos, como Doroteo, han definido como la raíz de todos los vicios: la “filautía”, que ha roto la amistad con Dios. Y ese matiz es que, a diferencia del “egoísmo” occidental-latino, la filautía más que una fuerza centrífuga, es un afecto totalizador consigo mismo, que comienzo por un cuidado amoroso por el propio cuerpo, concediéndole todo lo que pide, como a un querido amigo y, luego de grandes diálogos consigo mismo (otra característica de la “filautía”) termina siempre dándose la razón a sí mismo y justificándose a sí mismo en todo. Los demás, si existen, son competencia que terminan viéndose como despreciables porque no son “como yo”.

Máximo el Confesor, quien más trató de analizar esta “filautía” en sus *Centurias sobre la Caridad*, considera que el camino que inaugura Cristo con su venida es el salir del círculo de la amistad consigo para restaurar la amistad con Dios, como era la vida en el Paraíso.

Hausherr ha encontrado un apotegma perdido de Evagrio Póntico que dice:

*El primero de los vicios capitales es la filautía, de él proceden todos los otros ocho*⁶.

⁶ Hausherr *Id.* 39 nota 46.

5 La filautía y la verdadera amistad consigo mismo

Esta consideración negativa de la filautía nunca ha dejado perder de vista la realidad natural y ordenada que, junto con el amor de amistad de Dios y con los hermanos, está la verdadera amistad consigo mismo, de la cual la filautía es un desorden. En pecado, según Doroteo, destruye cuatro amistades y en ese orden: la amistad consigo mismo, con los otros, con Dios, con la creación

El biógrafo de Doroteo dice en su breve relato:

Por este renunciamiento aprendió el camino excelso: la humildad y (el sentido) de: “Sé misericordioso y manso”, haciendo suya por las obras esta palabra de los santos Ancianos, siendo así adornado de todas las virtudes. Por eso el bienaventurado llevaba siempre en su boca el Geronticon⁷ que dice: “el que llega a rechazar la voluntad propia ha llegado al lugar del reposo”. Sus afanes le habían hecho descubrir que todas las pasiones tienen por raíz la “filautía”, y que ella está unida a la dulzura amarga de nuestra voluntad. Utilizó este remedio enérgico e hizo morir junto con la raíz sus brotes malignos y así llegó a ser un gran “cultivador de plantas inmortales” (Gregorio Nacianzeno Orat. 45,8) y produjo el fruto de la vida verdadera, entrando en posesión del tesoro escondido en el campo (cf. Mt 13,44) después de haberlo buscado de modo admirable y encontrado, se enriqueció verdaderamente de bienes imperecederos. (Carta de Presentación 2)

El biógrafo dice, primero, que Doroteo supo descubrir la filautía dentro de sí y haber visto toda la secuela de desórdenes que trae aparejada. Sin embargo, gracias a ello, pudo también descubrir el verdadero amor de sí mismo, que es ese tesoro escondido en el campo (cf. Mt 13,44) después de haberlo buscado de modo admirable y encontrado, se enriqueció verdaderamente de bienes imperecederos. Tal vez aquí está el verdadero sentido evangélico del Reino de Dios.

6 La ruptura de la amistad con Dios y con los otros

Tal como decía Orígenes, el pecado original rompió la unidad (de amistad) con Dios y, al “caer” nuestro ser se rompió en mil pedazos, que somos nosotros, y que desde la creación éramos uno en Cristo (cfr. Ef. 1). De este modo todos nacemos con el presupuesto de que somos ajenos los unos a los otros y, por lo tanto, con gran esfuerzo, “debemos” construir la unidad. Sin embargo, es exactamente al revés: somos uno, el otro es parte mía, Cristo vino a enseñarnos eso, y la tarea es hacer concreta esa unidad que somos los unos

⁷ Es el libro de los Ancianos, que contiene las colecciones de Apotegmas recientemente realizadas en torno, tal vez, a la corte de Constantino o en la misma Gaza.

con los otros, aunque las diferencias y pecados nos distancian, sin embargo, nos pertenecemos los unos a los otros.

Doroteo de Gaza, luego de narrar la ruptura paradisiaca con Dios muestra como la primera pareja rompió dentro de ella misma haciendo de ellos la primera pareja en conflicto:

¡Oh, hermanos míos, qué no ha hecho el orgullo! y ¡qué poder posee la humildad! ¿Había necesidad de tantas idas y venidas? Si desde el principio el hombre hubiese sido humilde y obedecido a los mandamientos, no hubiese caído. Y después de su falta Dios le volvió a dar una ocasión para arrepentirse y así alcanzar misericordia. Pero el hombre mantuvo la cabeza erguida. En efecto, Dios se acercó para decirle: ¿Dónde estás, Adán? (Gn 3,9), es decir: ¿de qué gloria has caído?, ¿en qué miseria? Y después le preguntó: ¿Por qué has pecado? ¿Por qué has desobedecido?, buscando con ello que el hombre le dijera: ¡Perdóname! Pero, ¿dónde está ese perdóname? No hubo ni humillación ni arrepentimiento, sino todo lo contrario. El hombre le respondió: La mujer que Tú me has dado me engañó (Gn 3, 12). No dijo: mi mujer, sino: la mujer que Tú me has dado, como si dijera: La carga que Tú me has puesto sobre mi cabeza. Así es, hermanos: cuando el hombre no acostumbra a echarse la culpa a sí mismo, no teme ni siquiera acusar al mismo Dios. Entonces Dios se dirigió a la mujer y le dijo: ¿Por qué no has guardado lo que te había mandado?, como queriendo decirle: Al menos tú di: Perdóname, y así tu alma se humille y alcance misericordia. Pero tampoco recibió el perdóname. La mujer por su parte le respondió: La serpiente me ha engañado (Gn 3,13), como queriendo decir: Si él ha pecado ¿por qué voy a ser yo la culpable? ¡Qué hacen, desdichados! ¡Al menos pidan disculpa! Reconozcan su pecado. ¡Tengan compasión de su desnudez! Pero ninguno de los dos se quiso acusar, y ni uno ni otro mostró el menor signo de humildad. (Conf. 1,9)

“La mujer que tú me has dado”, ya no es más “mi mujer”! El amor más grande, tal vez podríamos decir, el amor de amistad más grande ha sido roto y, junto con él, todos los demás. El relato bíblico narra inmediatamente la ruptura entre Caín y Abel (Gn 4). Ninguna de estas cosas necesita explicación, todos la conocen, todos la conocemos, y sólo se trata de ubicar que allí está el problema: el pensamiento que el otro no nos pertenece. Pero, insistimos, Cristo lo ha hecho, nos ha reintegrado en uno, lo que falta es que cada uno lo haga concreto en su propia vida con aquellos con quienes esperamos ser “amigos”.

7 La llamada del amigo al amigo: el consejo evangélico

Al descubrir que Cristo busca restablecer el amor de amistad que habíamos perdido, Doroteo sabe reconocer cuál es el lenguaje del amor de amistad que continuamente Dios, en Cristo, busca restablecer. Dice así:

Esto es cosa sabida de los santos. Por una vida entera de humildad buscaron unirse a Dios. Hubo amigos de Dios (filotheos) que después del santo bautismo no sólo renunciaron a los actos a los que los impulsaban las pasiones, sino que también quisieron vencer a las pasiones mismas, llegando a la impasibilidad: así San Antonio, Pacomio y otros Padres inspirados por Dios...

Y es por esta razón por la que los Padres, no contentos con guardar los mandamientos, ofrecieron también regalos a Dios; esos regalos son la virginidad y la pobreza. En realidad, no son mandamientos sino regalos. En ninguna parte está escrito: "No tomarás mujer ni tendrás hijos". Cristo no dio un mandamiento cuando dijo: Vende todo lo que posees. Pero sí cuando el doctor de la Ley le preguntó: Maestro, ¿qué debo hacer para ganar la vida eterna?, Él le respondió: Conoces los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio contra tu prójimo, etc. Pero al decirle que todo eso ya lo había guardado desde su juventud, Cristo le dijo: Si quieres ser perfecto, vende todo lo que posees, dáselo a los pobres, etc. (Mt 19, 16-21). Fíjense que no dijo: Vende todo lo que posees como una orden, sino como un consejo. Porque decir: Si quieres, no es obligar sino aconsejar. (Conf. 1,12)

Cristo ha restablecido el diálogo de amistad entre Dios y el hombre. Sin embargo, el hombre se sigue escondiendo de Él, como hizo en el Paraíso. Sigue teniendo miedo, como el pueblo de Israel en el Sinaí, temiendo una carga de preceptos y órdenes que no pueda sobrellevar. Sin embargo, dice Doroteo, Dios, como amigo no ordena, da consejos.

La vida monástica es la respuesta al amor de amistad que Dios quiere restablecer. Los primeros monjes supieron reconocer esa voz del amigo de los hombres. Así, la vida monástica fue, ante todo, el lugar donde los amigos de Dios (*filotheos*) saben oír su voz que no habla dando órdenes y mandatos, sino con "consejos" que procuran unir en un amor de amistad. Es por ella que los monjes viven en castidad y pobreza, no porque es una orden impuesta sino porque oyeron a Dios que dice "si quieres", es decir, si lo amas. Sin embargo, el verdadero dinamismo de la amistad, como dice este texto de Doroteo, es que permite escuchar al amigo y oír sus consejos. Mientras se vive fuera de un régimen de amistad, sólo se ven mandamientos y se vive como un esclavo o mercenario que quiere escapar de la presencia de su amo. Cuando se entra en una relación de amistad con Dios se llega a percibir todo un mundo de consejos que, en es el lenguaje de amor.

Esto significa para los monjes que todo el camino de la ascesis monástica, el combate contra los vicios no tiene por objeto una perfección auto referencial sino que es un camino para restaurar la verdadera unión con Dios, con los otros. La mística monástica no encierra al monje en su propia perfección y santidad

sino que es el camino para restaurar una amistad, la comunión con los otros y por ello los monjes medievales consideraron la vida monástica como una unión esponsalicia con Dios, con Cristo, y que tiene su expresión más rica en el Cantar de los Cantares.

De este modo, para Doroteo de Gaza, el monje vive en una relación de amistad que Dios le revela, y gracias a ella, puede también vivirla con sus hermanos, aunque sean los superiores o el último de la comunidad o personas que tal vez no ha elegido pero que Dios le puso al lado en la comunidad. Al terminar su primera conferencia Doroteo ya presenta un ejemplo concreto de esa relación de amistad que se da entre los monjes:

Algo similar le sucedió a un hermano cuyo abba lo había enviado a la ciudad por unos encargos que debía realizar con su proveedor. Al verse incitado al mal por la hija de éste, sólo dijo: "Oh Dios, por las oraciones de mi padre ¡líbrame!" Inmediatamente se encontró en la ruta que llevaba a Escete, volviendo a lo de su padre⁸. Ese es el poder de la virtud, ese es el poder de una palabra. ¡Qué seguridad otorga recurrir a las oraciones de su padre espiritual! Porque el hermano dijo: "¡Oh Dios, líbrame por las oraciones de mi padre!" y enseguida se encontró en el camino de regreso. Consideren la humildad y la prudencia de los dos. Estaban en un apuro y el anciano quiso enviarlo al que le hacía sus comisiones. No le dijo: "Ve", sino: "¿Quieres ir?" De la misma manera el hermano no le respondió: "Voy", sino: "Haré lo que tú quieras". Rechazaba dos cosas: las ocasiones de una caída y la desobediencia a su padre. Más tarde, al hacerse más apremiante la necesidad, el anciano le dijo: "Ve, ponte en camino", y no le dijo: "Confío en que mi Dios te protegerá", sino: "Confío en que será protegido por las oraciones de mi padre". Igualmente, en el momento de la tentación el hermano no dijo: "Dios mío ¡sálvame!", sino: "¡Oh Dios, por las oraciones de mi padre, sálvame!" Cada uno puso su esperanza en las oraciones de su padre. (Conf 1,23)

Cuando se entra en una relación de amistad con Dios, todo se reviste del mismo espíritu, incluso la relación con el padre espiritual, con el anciano. En todos resuena la voz de un amigo, que no da órdenes, sino consejos. Y por eso la obediencia adquiere un carácter filial y esponsal, de docilidad, que sabe percibir en el otro aquello que desea y espera del otro. Ya no es más la obediencia a una orden sino percepción de lo que el otro desea.

8 La amistad humana a imitación de la amistad de Cristo

Imitando el ejemplo de amistad de Cristo, los monjes de Gaza insistían en que el verdadero amigo es el que carga con la vida del otro hizo Cristo. Cristo

⁸ *Apoph.* Amún 3.

vino a revelar qué es el amor de amistad, el que Él vivió con sus apóstoles, pero que no es sino un espejo de su amor con el Padre. Y ese amor queda sintetizado en expresión paulina “cargar las cargas los unos de los otros”. Es la Ley de Cristo (Gal 6,2), dice San Pablo ¡y que se manifiesta de tantas maneras! Una de ellas, como dice San Pablo:

Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. (Gal 6, 1-4)

Y la Ley de Cristo, su novedad y su realidad más original es, para estos monjes de Gaza, no una obra que uno mismo debe realizar, sino que realiza el otro, Cristo o mi hermano: cargar mi carga, pues cada uno se salva por las obras del otro, está es la muestra más clara de la comunión entre aquellos que se llaman amigos. Esa fue la obra de Cristo: salvarnos Él, por sus obras, a nosotros, porque somos suyos. Él cargó nuestros pecados y nuestra salvación, y lo sigue haciendo a través de aquellos que son nuestros verdaderos amigos. Él revela esta Ley: cada uno es salvado por las obras del otro, en la medida en que pongo mi confianza en él y en Cristo, que es el primer amigo de cada uno. Así se construye la verdadera amistad. Sin ello toda posible amistad se ve reducida a nada. Y el primero que tuvo que aprender esta enseñanza fue el mismo Doroteo cuando, encargado de la enfermería, le piden que lleve a trabajar con él a un nuevo postulante, llamado Dositeo:

Como el abad (Séridos) había encargado al bienaventurado Doroteo para que hablara con él, él lo examinó cuidadosamente, el joven no decía más que: “Quiero salvarme”. Volvió, pues, y dijo al abad (Séridos). “Si quieres recibirlo, no temas. No hay nada malo en él. El abad le dijo: “Hazme la caridad de tomarlo contigo, para que se salve, porque no quiero que esté junto con los hermanos”. Doroteo se excusó largamente y dijo: “Recibir esta carga (báros) supera mi condición: supera mi medida”. El abad replicó: “Yo llevo (bastazo), tu carga (baros) y la de él, ¿por qué te afliges”. Entonces dijo Doroteo: “Puesto que lo quieres tanto, consulta al Anciano (Barsanufio)”. Y le respondió: “Está bien, le hablaré”. Fue a decirlo al Gran Anciano (Barsanufio) y éste manifestó la revelación siguiente acerca de Dositeo: “Acéptalo, por ti lo salvará el Señor”. (Vida de Dositeo 4)

Una respuesta como esta lleva a descubrir inmediatamente cómo nos creemos separados unos de otros y como en realidad siempre estamos sostenidos por otro, por el amigo, que es Cristo en el otro. Descubrir que nadie se salva a sí mismo, sino por la amistad de Cristo es la más grande conversión

que estamos a hacer. Sin embargo, es tan difícil de creer porque la filautía dice lo contrario: nadie me entiende, nadie sabe mejor que yo lo que me conviene, siempre estoy solo. Es lo que el Papa Francisco, como admirador de Doroteo ha dado el nombre de “autoreferencialidad”. Cada uno, por distintos caminos, debe salir de su autoreferencialidad para todo, incluso para la salvación. Pero salir de ella significa descubrir el amor de amistad que Dios tiene y se revela en Cristo.

La salvación viene del otro, de Cristo, y de aquellos que, en el Cuerpo de Cristo están entre él y yo, desde el padre espiritual, el obispo, el superior, un amigo.

Este sentido tan fuerte de que mi salvación viene de alguien (Cristo y sus mediadores en el Cuerpo de la Iglesia) que cargan con mis faltas, me soportan, y son ellos la fuente de mi redención, la teología de Oriente la conserva en su vocabulario teológico-litúrgico de hoy para una de las formas en que esta redención actúa: el sacramento de la confesión, como prolongación del Misterio Eucarístico.

En Occidente, tanto en la preparación del sacerdote para recibir esta licencia para confesar, como en la práctica diaria, nosotros hablamos de escuchar confesiones (“*audiendas*”). En Oriente, en cambio, hablan de “cargar” con la confesión del otro, con sus pecados. Y por eso el peso no viene de haber oído 2 horas de confesiones, sino de cargar ahora con la propia vida la obra de redención de esos pecados escuchados. Esa es la esencia del sacerdocio en oriente, tal como Cristo lo reveló en su amor de amistad con nosotros. Hasta el día de hoy la teología griega conserva el término patristico que significa esto: es el verbo “*anadéjomai*” que, en su única formulación reflexiva significa: cargar sobre sí. Y normalmente está asociado a “las cargas”. El Padre espiritual recibe sobre sí la carga del otro. Y esa carga significa, nada más y nada menos, que la responsabilidad de la salvación del otro.

Veamos otro texto de Doroteo:

Otras veces (el Anciano me decía): “Que Dios guarde por siempre la caridad; huye de todo lo que es del hombre y serás salvo”. Y finalmente: “Que Dios guarde por siempre la caridad. Llevad las cargas unos de otros y así cumpliréis la ley de Cristo (Ga 6, 2)”.

Cada día el Anciano me daba una de esas cuatro sentencias como quien da un viático, al retirarme por la tarde. Y yo las consideraba igualmente, como si fueran para la salvación de toda mi vida.

Sucedió que un hermano me persiguió insultándome desde la enfermería hasta la capilla. Yo, que iba delante de él, no dije una sola palabra. Cuando el abad se enteró (no sé por medio de quién) quiso castigarlo. Entonces yo me postré a sus pies suplicándole: “No, por el Señor. Fue mi culpa. ¿En qué fue culpable ese hermano?”.

Otro hermano, ya sea para probarme o por necesidad, Dios lo sabe ... venían todos los días a sacudir su colcha delante de la puerta de mi celda. Yo veía cómo las chinches se metían en el cuarto sin poder matarlas por la cantidad que había a causa del calor. Al irme a acostar se me venían todas encima. Me dormía a causa de mi cansancio extremo, pero por la mañana encontraba mi cuerpo todo picado. Sin embargo nunca dije a esos hermanos: "¡No hagan eso!, o ¿Por qué hacen eso?". Mi conciencia me atestigua que nunca dije una palabra que pudiera herir o afligir a alguien.

Aprendan también ustedes "a llevar las cargas los unos de los otros" (Ga 6, 2). Aprendan a respetarse mutuamente. Y si uno llega a oír una palabra desagradable de un hermano, o si le toca cargar con algo contra su gusto, no se descorazone ni se irrite enseguida. No reaccionen en el combate o frente a una ocasión provechosa con un corazón relajado, descuidado, sin fuerzas e incapaz de soportar el menor golpe, como si fuesen un melón al que la más pequeña piedra puede dañar y pudrir. Tengan un corazón firme, tengan paciencia y hagan que su mutua caridad supere todas las contrariedades. (Conf 4, 56-57)

Toda maduración se dirige hacia la caridad, y la caridad se dirige a la amistad. Sin embargo, antes de asumirla como tarea es necesario descubrirla como un don De Dios. Sólo a partir de allí se puede salir de sí mismo para construir una amistad con los otros. Incluso con los que aquellos que parecen enemigos. Y el motivo es que todo hombre, en un momento u otro puede transformarse en un "enemigo", como lo experimentó Cristo.

9 La comunión de vida entre los amigos: La acusación de sí mismo

Pero es aquí donde aparece otra virtud de Cristo, del amigo, totalmente asociada al cargar el pecado del otro y que en realidad es otra forma de decir lo mismo. Se trata de la "acusación de sí mismo", al que Doroteo dedica largos textos... y ejemplos. Veamos uno:

85. Dos hermanos enojados entre sí vinieron un día a buscarme. El mayor decía del más joven: "Cuando le doy una orden se molesta y yo también, porque pienso que, si tuviera confianza y caridad por mí, recibiría con gusto lo que le digo". Y el más joven decía a su vez: "Que Su Reverencia me perdone, pero sin duda él no me habla con temor de Dios sino con la voluntad de mandarme, y es por esto, pienso, por lo que mi corazón no confía, según la palabra de los Padres".

Observen, hermanos: ambos se acusaban recíprocamente sin que ni el uno ni el otro se acusara a sí mismo. Más aún, otros dos que estaban irritados mutuamente se pedían disculpas, pero persistían en la desconfianza mutua. El primero decía:

“No es con sinceridad como ha pedido disculpas; por eso no he confiado en él, según la palabra de los Padres”. Y el otro añadía: “No tenía hacia mí ninguna disposición de caridad antes de que le presentara mis excusas, así que yo tampoco he sentido confianza hacia él”.

¡Qué ilusión, señores! ¿Ven ustedes la perversión de espíritu? Dios sabe cómo me espanta el ver que ponemos las palabras de los Padres al servicio de nuestra mala voluntad y para perdición de nuestras almas. Era preciso que cada uno echase la culpa sobre sí.

Uno de ellos debió decir: “No fue con sinceridad como he pedido disculpas a mi hermano. Por eso Dios no ha puesto confianza en él”. Y el otro: “Yo no tenía ninguna disposición de caridad a su respecto antes de su disculpa. Por eso Dios no ha puesto confianza en él”.

82. Pero me dirán: si un hermano me atormenta y examinándome constato que no le he dado motivo alguno, ¿cómo podré acusarme a mí mismo? De hecho si alguien se examina con temor de Dios, percibirá ciertamente que ha dado pretexto, ya sea por una actitud, una palabra o un acto. Y si ve que en nada de esto ha dado pretexto en el caso presente, es seguramente porque ha atormentado a ese hermano en otra ocasión, en un caso semejante o diferente, o bien que ha atormentado a otro hermano y es por esto, o muchas veces por un pecado diferente, por lo que merecía el sufrimiento.

Así como lo he dicho, si nos examinamos con temor de Dios y escrutamos cuidadosamente nuestra conciencia, nos encontraremos de todas formas responsables. (Conf. 7,85)

Acusarse a sí mismo no significa simplemente reconocer los propios pecados. En Cristo significa acusarme de los pecados del otro como propios. Así lo hizo Cristo quien, mientras era clavado en la Cruz decía: “Padre perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,35)

Aquí tenemos otra cara de la Ley de Cristo: acusarse a sí mismo termina siendo el equivalente teologal de cargar la carga del otro sobre sí mismo.

10 La intimidad de la amistad: la oración de uno por el otro

Y la manifestación interior más profunda de esta Ley de Cristo, el sentimiento más íntimo de la amistad, y que permite verificar si verdaderamente se está viviendo según ese camino o el de la salvación por las propias obras es la oración. En la oración convergen espontáneamente las disposiciones profundas con que trabaja nuestra Fe y hacen manifiesto hasta qué nivel ha llegado el amor de amistad, entrando en los rincones más profundos de nuestra sensibilidad.

En las cartas de Barsanufio, padre espiritual de Doroteo, encontramos esta carta a un monje que le pedía su oración:

El mismo hermano Andrés, en posesión de un don tan grande, pide para él y sus compañeros una oración al anciano Barsanufio:

Respuesta:

Servidor del Señor Altísimo, Andrés, co-servidor de mi bajeza, paz a ti y a nuestros otros consiervos de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo. Te hago saber que antes mismo de recibir tu pedido, yo te había presentado a la santa, adorable, consustancial y vivificante Trinidad, sin principio, en una presentación que es resguardo contra todo mal. Pero no quiero que ignores esto: que habrá otra presentación más temible, más definitiva y terrible, más deseable y amable, más honorable y gloriosa. ¿Cuál es? Escucha. Cuando se vea cubierto de vergüenza el enemigo del bien, nuestro adversario, al escuchar la bienaventurada y vivificante voz de nuestro Salvador que nos dirá estas palabras llenas de gozo, de alegría y exultación, y brillando de un inefable resplandor: “Venid, benditos de mi Padres, recibid en herencia el Reino que os ha sido preparado desde la fundación del mundo” (Mt 25,34); entonces se hará la gran presentación:” cuando el reino será entregado a Dios Padre” (1 Cor 15,24). Es esta y no habrá otra. Escucha cómo sucederá: Cada uno de los santos, llevando ante Dios a los hijos que ha salvado, dirá con voz sonora, con plena y total confianza, ante la mirada estupefacta de los ángeles santos y de todos los poderes celestiales: “Aquí estoy yo y los hijos que Dios me ha dado” (Is 8,18; Heb 2,13). Y no sólo los entregará a ellos a Dios, sino también a sí mismo, y entonces Dios será todo en todos (1 Cor 15,28). Reza para que podamos llegar allí. Bendito el que espera y llega. Reza por mí, mi bien amado (Carta 117)

Esta obra “mediadora”, esta oración de uno por el otro como manifestación de la más profunda amistad, seguirá hasta el día del juicio, porque el amor de amistad nunca termina. De otro modo la amistad quedaría reducida a una práctica para esta vida y, por lo tanto transitoria y evitable. Pero ella es la participación humana en la gran amistad del Padre con su Hijo, en la cual nos ha insertado.

Cabe agregar que la cita más recurrente de la Biblia en las 850 Cartas de Barsanufio y Juan, es la de la Carta del Apóstol Santiago que nuestra liturgia repite con frecuencia en la Cuaresma: *Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros, para que seáis curados (Stg 5, 16)*. El Señor no escucha la oración de uno por sí mismo, sino la de uno por el otro: esposo, esposa, padres, hijos, superiores, religiosos. Cada uno por el otro. Por eso, cuando estos monjes de Gaza pedían a otro: reza por mí, no lo decían en el sentido de, reza para que tenga fuerzas para realizar “yo” las obras. No, ellos lo decían porque sabían que la oración que salva es la del hermano por mí, como todos sabemos que la que nos

salva es la de Cristo, no la mía por mí. Este es el soporte interno más profundo para la amistad: la convicción que el otro es totalmente mío y yo de él.

11 La amistad como verdadera sabiduría

Finalmente debemos decir que para estos monjes de Gaza descubrir el amor de amistad no es simplemente un logro dentro del mundo de los afectos. Descubrir la amistad, ese amor que no me permite desentenderme del otro, es descubrir la sabiduría, la ciencia, la gnosis y a mí mismo. Así lo dice Doroteo

Alguien hace limosna para verse preservado del castigo futuro. Éste obra por su alma. Obra según Dios pero no como Dios quiere porque todavía lo hace en condición servil: en efecto, el esclavo no cumple la voluntad de su amo voluntariamente sino porque teme el castigo. Hace limosna para ser preservado del castigo y Dios lo preserva. Otro practica la limosna para recibir su recompensa. Está mejor pero no todavía como Dios lo quiere, no está todavía en disposición de un hijo. Como el mercenario que no realiza la voluntad de su amo sino para percibir su salario, él también está actuando en busca de una remuneración.

Hay en efecto tres disposiciones dentro de las cuales podemos obrar el bien, según san Basilio. Ya se las he dicho en otra ocasión. O lo hacemos con temor por el castigo, y estamos en actitud servil, o lo hacemos en vista de la recompensa y estamos en disposición mercenaria, o finalmente lo hacemos por el bien mismo y entonces estamos con la disposición del hijo. Porque el hijo no cumple la voluntad de su padre por temor, ni por el deseo de recibir una remuneración, sino porque quiere servirlo, honrarlo y contentarlo. Así debemos hacer limosna: en vista del bien mismo, con compasión los unos de los otros, agradeciendo a los otros como si fuéramos nosotros los beneficiados, dando como si recibiéramos. Tal es la limosna practicada con sabiduría y es así, decimos, como nos encontraremos con la disposición del hijo. (Conf 13, 157)

La limosna (= misericordia) como expresión máxima de la caridad, adquiere todo su sentido cuando se ama y se tiene misericordia con el otro porque es parte mía. Allí está la gran sabiduría monástica y que sólo se puede obtener cuando se ha descubierto la verdadera amistad.

Conclusión

Sabemos que este enfoque que tiene Doroteo de Gaza sobre la amistad puede desconcertar a muchos. Sin embargo, es lo que él considera que hizo el Señor y transmitió a sus discípulos y los monjes han querido vivir. Doroteo no se detiene en el mundo de los afectos y sentimientos de amistad ni en otras

manifestaciones. Todo ello viene después y sólo puede sostenerse si se llega a vivir la amistad como Cristo la vivió y sigue haciéndolo presente en cada Eucaristía, en su Misterio Pascual, en la cual invita a todos a entrar en comunión de amistad con Él, con el amor del Padre y entre nosotros.

Referências

- CASSIANO, Giovanni. *Collationes XXIV*. Trad. Luis Morales Oliver. Madrid: BAC, 1990.
- HAUSHERR, I. *La Direction spirituelle en Orient autrefois*. Rome: Orientalia Christiana Analecta, 1955.
- DOROTEO DE GAZA. *Conferencias, Cartas, Apotegmas. Introducción, traducción y notas a c. de Fernando Rivas. Agape, Buenos Aires 2019*.
- SAN BASILIO. *Reglas monásticas*. Trad. Santiago Parra, O.S.B. Madrid: Ediciones Fax, 1965.
- SAN AGUSTÍN. *La ciudad de Dios*. Trad. José Luis Llácer. Madrid: BAC, 1998.
- BARSANUFIO Y JUAN DE GAZA. *Cartas Espirituales*. Trad. Emma C. Clarke. Kalamazoo: Cistercian Publications, 2006.
- SAN BERNARDO DE CLARAVAL. *Tratado sobre el amor de Dios*. Trad. Inocencio Ruiz. Madrid: Ediciones Rialp, 1986.
- CLEMENTE DE ALEJANDRÍA. *El pedagogo*. Trad. Guillermo Echavarría. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1988.
- SAN JUAN CRISÓSTOMO. *Homilias sobre el Evangelio de Mateo*. Trad. Juan Rodríguez. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1993.
- SAN GREGORIO DE NACIANZO. *Oraciones Teológicas*. Trad. Francisco Martín. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2002.

Artigo recebido em 03/05/2024 e aprovado para publicação em 13/06/2024

Como citar:

RIVAS, Fernando. La amistad monastica en el pensamiento de Doroteo de Gaza. *Coletânea*. Revista de Filosofia e Teologia da Faculdade de São Bento do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, v. 23, n. 45, p. 25-44, jan./jun. 2024. DOI: <http://dx.doi.org/10.31607/coletanea-v23i45-2024-2>